

20

CAPITULO XLIX.

Asuntos de los Países-Bajos.--Gobierno de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.-- Situación del país.-- Disturbios.-- Entrada en Flandes del duque de Anjou, y su salida.-- Movimiento del príncipe de Parma.-- Pasa el Mosa.-- Llega hasta los arrabales de Amberes.-- Retrocede, y pone sitio á la plaza de Mastrich.-- Defensa heroica de los sitiados.-- Asaltos inútiles de los españoles.-- Se regulariza el sitio.-- Apuros de los de dentro.-- Nuevos asaltos.-- Toma de la plaza.-- Los vencedores la saquean. (1)

1578-1579.

ASPECTO poco favorable presentaban los asuntos de España en los Países-Bajos, cuando tomó las riendas del gobierno el príncipe de Parma. De las diez y siete provincias que los componian, solo tres se hallaban á su devoción, y estas contenidas en cierto modo por la presencia de sus armas. En un campo fortificado, con todas las precauciones de la guerra, á las inmediaciones de Namur, se hallaba el ejército de que disponia; con grandes temores de que le interceptasen los víveres y comunicaciones por medio de los rios Sambre y Mosa, que tenia á su espalda. Se hallaban al contrario muy pujantes los confederados, engrosando mas y mas sus filas con refuerzos que les enviaban los príncipes luteranos de Alemania. Tambien los aguardaban de Francia, donde el partido calvinista consideraba como aliados unos pueblos que se hallaban en guerra contra un enemigo comun, á saber, el rey de España. Ya hemos visto al duque de Anjou, hermano de Enrique III, colocado al frente de un partido medio, entre la córte y los calvinistas, sin que se pudiese decir si se conservaba fiel, ó se declaraba en pugna abierta contra aquel monarca. En un país des-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXXVII, XXVIII, XXXIX, XLIII, XLIV, XLV y XLVZ.

21

CAPITULO XLIX.

pedazado por parcialidades, y con una córte, donde tantas intrigas en mil sentidos pululaban, nada tomaba un carácter determinado, ni de union, ni de hostilidad constante; y si Enrique III no podia ver con buenos ojos á un hermano que se emancipaba tantas veces de su autoridad, tal vez dió sincero asentimiento, cuando supo que el duque de Anjou era llamado á los Países-Bajos por los enemigos de España, cuya amistad hácia él no podia menos de serle sospechosa. Como agente principal de esta llamada del duque de Anjou, se designa á la princesa Margarita de Valois, su hermana y mujer, como se ha visto de Enrique de Navarra. Aprovechó Margarita la ocasion de un viaje á los baños de Spá, ó mas bien tomó este pretexto para presentarse á los Países-Bajos, donde supo insinuarse con destreza en los ánimos de muchos de los personajes de la confederacion, presentándoles las ventajas de poner á su cabeza al duque de Anjou; lo que les proporcionaria sin disputa la proteccion y alianza del mismo rey de Francia. Dieron oidos á la proposicion los que la creyeron ventajosa, ó los que deseaban alguna novedad que mejorase su fortuna propia. Fué en las dos provincias de Artois y de Haynault, donde el duque de Anjou ganó mas partidarios, y por donde se concertó su entrada en los Países-Bajos. Lo verificó el príncipe francés á mediados del 1578, cuando todavía mandaba don Juan de Austria. Llevaba consigo algunas tropas, que si no parecieron muy considerables á los que les llamaban, les satisfacian en parte, por las numerosas que para tiempos mejores anunciaban. Mas lo que parecia un grande refuerzo y un considerable aumento de poder para los confederados, no fué verdaderamente mas que un principio de desunion y una manzana de discordia. En primer lugar, se disgustó mucho con la venida del príncipe francés el archiduque Matías, reconocido ya por gobernador de los Estados, y que se vió como suplantado por el recién-venido; por otra parte, los que no habian tenido parte en la llamada del francés, pues fué obra solo de una parcia-

lidad, miraron con desconfianza el refuerzo de un auxiliar, que tal vez no venia con las mejores intenciones. No era en efecto la persona del duque de Anjou muy á propósito para inspirar confianza á pueblos celosos de sus privilegios, y que en los extranjeros buscaban solo proteccion, mas no señores. Demasiado jóven, de carácter ligero, de poca capacidad, licenciado como un príncipe criado en la córte de Francia, sin mas instinto fuerte que el de una ciega ambicion que no se apoya en plan alguno, se presentó en los Países-Bajos, conduciéndose, y sobre todo, expresándose de un modo, que daba á entender que los consideraba como su dominio propio. Excitó esto la suspicacia de los flamencos, y no fué poco el disgusto del duque de Anjou, al verse objeto de homenajes, de respeto aparatoso y toda clase de acatamientos, sin ejercicio ninguno del poder, al ver que ni para el pago de las cortas fuerzas que le acompañaban, ni para los gastos de su persona, le contribuian en nada los Estados. Se disgustó pues muy pronto el príncipe del pais, y despues de algunos dias de residencia en Mons, dejó los Países-Bajos y se retiró á Francia, donde continuó siendo objeto de celos ó inquietud para su hermano.

Adolecian los Estados confederados de los Países-Bajos del espíritu de desunion, que inevitablemente se introduce donde los intereses no están todos de acuerdo; donde no hay una cabeza, un hombre de poder y de prestigio, capaz de encadenar las voluntades. Matías no era mas que un jefe nominal, un príncipe extranjero, llamado para dar al menos una sombra protectora á los confederados. El príncipe de Orange, aunque de gran capacidad y nombre en el pais, no ejercia bastante poder, ni gozaba tal prestigio, que le reconociesen por jefe y director todos los Estados de la Liga. Una prueba de que él comprendia esto mismo, y de que evitaba con cuidado alarmar la susceptibilidad de sus rivales es que no solo tuvo parte activa en el llamamiento de Matías, sino que

apoyó despues con eficacia la ida á Flandes del duque de Anjou, aunque no desconocia sin duda las pocas prendas que alcanzaba. Segun hizo ver este príncipe por toda su conducta, no aspiraba al dominio absoluto de los Países-Bajos, y sí tan solo al mando y posesion de las provincias de Zelanda y Holanda, y las demas del Norte confidentes.

No podian ser los Países-Bajos mas que teatro de intrigas y facciones, así como de combates. Poca antes de la entrada del duque de Anjou, se habia apoderado de Gante y otras plazas, echando de ellas á sus gobernadores un nuevo partido en abierta rebeldía contra los Estados, y que obraba, segun opinion comun, bajo la influencia secreta del príncipe Juan Casimiro. Como eran por la mayor parte los de este partido individuos de las nuevas sectas religiosas, se señaló la faccion con nuevos despojos y allanamientos de los templos católicos, aumentándose el desorden de aquellas turbulencias. Contra esta parcialidad se levantó otra en las provincias del Artois, del Haynault y de la Flandes Meridional, que con el nombre de *malcontentos*, se declararon campeones del catolicismo, y en abierta oposicion con la política de los Estados, que dispensaba tanta proteccion á las nuevas sectas religiosas. Fueron principalmente estos descontentos los que llamaron á Flandes al príncipe francés, y los primeros que dudaron de sus buenas intenciones, obligándole á dejar un pais, donde no se hallaba con bastantes fuerzas para mantenerse. Así pululaban los celos, las desconfianzas, las disensiones mútuas, atizadas, no solo por los naturales, sino por la política poco franca de las córtes extranjeras. No se sabia á punto fijo, si Enrique de Francia protegía ó no cordialmente el establecimiento de su hermano en Flandes. Eu cuanto á la reina de Inglaterra, á pesar de haber dado en otro tiempo oidos al ajuste de sus bodas con el duque de Anjou, de haber agasajado muchísimo á este príncipe cuando su presentacion en Londres, estaba muy lejos de pensar seriamente

en semejante enlace, y además se hallaba sumamente recelosa de la influencia que iba á ejercer el rey de Francia en Flandes, por la investidura de su hermano. Por esta causa, á pesar de una liga de hecho que existía entre Isabel y los confederados, no solo cesó de enviarlos socorros pecuniarios, sino que exigía el pago de las sumas que les había prestado. Por otra parte, Felipe II, siempre desconfiado de la política poco segura y decidida de Francia, comenzaba á considerarle casi como un enemigo por la expedición del duque de Anjou, y trató de ponerse de acuerdo con la reina de Inglaterra; aunque con tan poca sinceridad de una y otra parte, como puede suponerse. Lo que había de real en todas estas combinaciones, era la desconfianza, los celos, el deseo mútuo de hacerse daño, que á los tres soberanos animaba. Y solo con estos datos suministrados por todas las historias, se puede concebir que estando todas las provincias de Flandes, menos tres escasas, insurreccionadas contra el rey de España, hallándose con fuerzas superiores, no llegasen á echar de una vez á los españoles de su territorio. Pasemos ahora á las operaciones militares del príncipe de Parma.

Trató Alejandro de tomar la ofensiva; y otra conducta no podía adoptar, hallándose como encerrado en su campo, á las inmediaciones de Namur, y hasta con apuros para la subsistencia de sus tropas. Les pasó revista, y se halló con veinte y cuatro mil hombres de á pié, y cerca de siete mil caballos, casi todos alemanes. Era maestro de campo general, Pedro Ernesto, conde de Mansfeld; general de la caballería, Octavio Gonzaga, y comisario general de la misma, Antonio de Olivera. Mandaba la artillería, Egidio, conde de Barlamont, al cual auxiliaba para todo género de construcciones de guerra, Gabriel Serveloni, nombre ya conocido en esta historia, y de otros tres capitanes de infantería, célebres ingenieros italianos.

Con este ejército, pues, se decidió Alejandro Far-

nesió á correr los azares de la guerra; pues aunque el rey de España le escribía entonces que tentase los medios de ajustar una paz con los Estados, creyó que sería el mejor modo de conseguirlo, alcanzando ventajas militares. Deliberó pues en su consejo sobre el camino que emprendería la expedición, y aunque opinaron los mas que se trasladase el ejército á las provincias de Flandes y Brabante, y pusiése sitio á Amberes, se decidió á dirigirse con ellas hácia el Norte, y ocupar á Mastrich, para impedir mejor la entrada de los alemanes auxiliares.

Mientras tanto sitiaban los Estados la plaza de Denter, en posesión entonces del de Parma; y aunque este príncipe se aprestó á marchar en su socorro, la entregaron los alemanes que la guarnecían antes de la llegada del refuerzo. No impidió esto que el general español continuase su expedición hácia la plaza de Mastrich, á cuyas inmediaciones llegó á principios de 1579. Antes de emprender seriamente el sitio, se apoderaron sus tropas de algunos pueblos considerables de las inmediaciones. Entró el capitán español Cristóbal de Mondragon en Carten, que hacía poco se había sublevado, y ahorcado al gobernador, puesto por los españoles. Reparó Mondragon el ultraje, dando el mismo castigo al gobernador puesto por los sublevados, y dejó por jefe de la plaza al español Fernando Lopez. Despues pasó Mondragon á la plaza de Ereleis, que se entregó sin resistencia, y en seguida, despues de una refriega en que derrotó á tropas que venían en su encuentro, se apoderó de la plaza de Estrala, en cuya expugnacion apeló al recurso de la mina. Mientras tanto obtuvo una ventaja Pedro Tasis de importancia sobre el enemigo, habiéndole derrotado y perseguido hasta las puertas de Venloo. Otra derrota hizo sufrir el marqués del Monte á un cuerpo de caballería, muy superior en número. Eran muy frecuentes estas escaramuzas ó combates parciales en una guerra, donde se reducían casi á sitios de plazas las grandes operaciones militares. Alentado con estas ventajas Alejandro, ó

por desistir ya de su proyecto de sitiar la de Mastrich, ó por ocultar mejor su designio al enemigo, resolvió penetrar por el Brabante. Mandó para esto echar un puente de barcas sobre el Mosa, á favor del cual pasó todo el ejército, sin ser molestado; á pesar de que habiéndose desbaratado el puente, cuando se hallaba todavía la mitad de las tropas en la orilla izquierda, les hubiese sido fácil aprovecharse de la confusion, que origina siempre un accidente de esta clase. Mas probablemente no tenian los enemigos noticia de este movimiento, lo que prueba el descuido ó falta de concierto que reinaba en sus operaciones militares. Así es que cuando Alejandro Farnesio entró en la provincia del Brabante, comenzó á introducirse en ellos nuevamente la discordia, echándose mutuamente en cara el desacierto de sus operaciones. Para ponerse al abrigo de la tempestad que los amenazaba, adoptaron el plan de repartir una gran parte de sus tropas entre las plazas de Malinas, Maestrich y Breda, dejando un grueso cuerpo cerca de Eindoven y de Bois-le-Duc, para observar los movimientos de Alejandro.

Volvió éste á pasar revista á su ejército, algo engrosado con refuerzos de Alemania, y se halló con veinte y cinco mil hombres de infantería y ocho mil caballos, sin contar las tropas que habian dejado atrás, á las órdenes de Cristóbal de Mondragon y el marqués del Monte. Hallándose con un número de caballos demasiado considerable para sus operaciones en aquel punto, resolvió licenciar algunos, recayendo esta medida sobre cuerpos alemanes, de cuya disciplina y comportamiento no se hallaba satisfecho. Por entonces no tenia falta de dinero, pues acababa de hacerle una remesa considerable el rey de España.

Con una parte del ejército mandada por el coronel alemán Altemps y el maestro de campo Francisco Valdés, se emprendió el sitio de Vort, que se rindió á viva fuerza, sufriendo en seguida un saqueo por las tropas vencedoras. Las que la guarnecian fueron ahorcadas.

Al mismo tiempo hacia Octavio Gonzaga una expedicion sobre la plaza de Eindoven, y derrotó á las tropas enemigas que salieron al encuentro. Persiguieron los nuestros á los fugitivos hasta las mismas puertas de Orisoot; y cuando pensaban entrar detrás de los contrarios, se alzaron los puentes y la plaza se puso en estado de defensa. Por su parte se movió Alejandro con las tropas de Mondragon, Tassis y Altemps, hacia el campo fortificado de Tornhut, entre Bois-le-Duc y Amberes, donde estaban situados los reitres alemanes que Juan Casimiro habia llevado á los Países-Bajos. Se hallaba el príncipe á la sazón ausente en la corte de Inglaterra, donde en nombre de los Estados habia ido á solicitar socorros de la reina, muy poco propicia entonces á proporcionar auxilios de que probablemente se aprovecharian los franceses. A pesar del buen recibimiento que hizo al príncipe alemán, eludía sus proposiciones con respuestas evasivas, y teniendo en poca cuenta las ofertas que en pago de sus servicios la hacia el príncipe de Orange, exigia plazas fuertes por seguridad de sus empréstitos. Así pasaba el alemán su tiempo entretenido y divertido en la corte de Inglaterra, cuando era su presencia al frente de sus tropas tan indispensable.

Las mandaba en su ausencia un príncipe de Sajonia, deudo suyo, y no atreviéndose á esperar al de Parma, se retiró hacia la plaza de Bois-le-Duc para hacerse fuerte en ella. Temerosos los habitantes de que una vez entrados los alemanes se quisiesen apoderar de la ciudad, les cerraron las puertas y no quisieron una protección que podia serles tan costosa. Disgustados los alemanes, viéndose por otra parte muy poco seguros en aquel pais, pensaron en tomar la vuelta de su patria. Con este objeto se dirigieron al príncipe de Parma, prometiéndole retirarse del teatro de la guerra con tal que satisficiese sus atrasos. Mas les respondió Alejandro que los alemanes en lugar de exigir dinero para irse, deberian darlo para que se les permitiese emprender su reti-

rada; que por lo mismo sería ya demasiada su bondad en darles salvo conducto para que nadie los molestase en el camino. Se dirigieron los alemanes con esta salvaguardia á su país, sin exigir más condiciones, y pasaron el Mosa sin que en nada los incomodasen las tropas de Alejandro.

Supo esta funesta noticia el príncipe Casimiro cuando se creía en el apogeo de su favor con Isabel, cuando acababa de recibir de esta princesa la condecoracion de la Liga, que en aquel país tan solo á los más altos personajes se concede. Desilusionado el alemán con dicha nueva, salió prontamente de aquella corte, donde tan malamente había perdido el tiempo, y sin detenerse en los Países-Bajos se retiró á Alemania. Con este motivo perdieron los Estados un cuerpo considerable compuesto de tropas escogidas, que les podía ser tan útil en aquella guerra; prueba evidente de lo mal que estaba dirigida. En cuanto al príncipe Alejandro, no contento con estas ventajas parciales, trató de dar un golpe más importante atacando el campo enemigo situado en Burgerhout, inmediato á Amberes, guarnecido con auxiliares ingleses, franceses y escoceses, á cuya cabeza se hallaban el francés Lanoue y el inglés Norris. Trataron algunos de su Consejo de impedir la expedicion, tachándola de temeraria y del todo improductiva. Mas sostuvo el príncipe de Parma que no podía serlo una empresa que presenciarian los de Amberes por hallarse tan próximo aquel campo; que la seguridad de una pronta retirada al abrigo de sus muros, sería causa de que los enemigos hiciesen poca resistencia, mientras los de la plaza, al contemplar la bizarria y denuedo de los españoles, les darian gran fuerza moral y se prepararían á recibirlos como sitiadores cuando llegase el caso conveniente. Con arreglo á esta resolucion se puso en movimiento Alejandro, y en una llanura muy cerca del campo atrincherado, dispuso sus tropas de un modo que ofreciesen un aspecto más imponente y más vistoso, tanto para los del campo como

para los de la ciudad, que estaban observando el movimiento. Formó en medio un escuadron en cuadro, colocando arcabuceros en los dos costados. Le apoyaban por la derecha los reitres alemanes mandados por Francisco de Sajonia, y por el otro un cuerpo de coraceros por Pedro de Tasis. Estaban colocados delante de este escuadron tres tercios pequeños mas de gente escogida y muy probada. A mano izquierda, en frente al castillo de Amberes, colocó los españoles con Lope de Figueroa: en medio los flamencos mandados por Valdés, y los valones (1) por Altemps. Cada uno de estos tercios llevaba cien mosqueteros, y algunos iban provistos de un puente para pasar un arroyo que corria en frente del campo atrincherado. A la retaguardia del escuadron formaba Octavi, Gonzaga con un gran cuerpo de caballería como reservas y por los claros que dejaban los tercios y otros huecos entre el escuadron y los cuerpos de caballería que flanqueaban, discurrían algunos caballos ligeros que servían de corredores de campo y hacían el servicio de vanguardia. Dispuestas así las tropas, arremetieron en seguida. Avanzaron los tercios con la animosidad que les inspiraba la rivalidad de las naciones, deseando cada uno ser el primero en echar su puente. Cupo esta suerte al tercio de los valones mandados por Altemps; mas los otros no fueron remisos en hacer lo mismo, y así casi acometieron todos de una vez el campo atrincherado. Defendian los enemigos su puesto con mucha animosidad, y todavía pelearon esforzadamente despues de asaltadas por los nuestros las trincheras. Obligados á ceder, se retiraron á guarecerse en los muros de la plaza. Siguiéron los nuestros el aleance: movió su cuadro el príncipe Alejandro, y tuvo el placer de poner fuego á uno

(1) Se daba en aquel tiempo, y aun en posteriores, el nombre de Valones ó Walones á los habitantes de la parte meridional de la provincia de Flandes, llamada Flandes Galicana ó Francesa; y lo mismo, aunque no tan propriamente, á los del Artois, del Cambrésis y del Haynault.

de los arrabales de Amberes, cuyos habitantes presenciaban el espectáculo desde sus murallas con el espanto y consternacion que pueden concebirse.

No estaban ociosos los negociadores durante todos estos movimientos. Se trataba, aunque inútilmente, de convenios, de reconciliaciones y de paces. Por no interrumpir el hilo de la narracion, dejaremos este asunto por ahora, y seguiremos al principe de Parma en sus operaciones militares.

Despues del golpe sobre los arrabales de Amberes, se movió Alejandro hácia la plaza de Mastrich, segun su proyecto anterior de ponerla formalmente un sitio. Por qué no hizo esta operacion en la plaza de Amberes, cuando la tenia tan cerca, cuando habia incendiado ya uno de sus arrabales, no se comprende ni se sabe á punto fijo. Conformándonos á la historia, que coloca el sitio de Amberes en un tiempo muy posterior, daremos preferencia al de Mastrich, que tuvo en efecto lugar cinco años antes.

Llegó, pues, el principe Alejandro en 8 de marzo de 1579 á las inmediaciones de Mastrich, esparciendo la consternacion tanto en la plaza como en los pueblos de las inmediaciones. Una gran parte de los habitantes del campo se retiraron al territorio de Lieja; parte á los muros de la misma plaza. Se halla construida sobre el Mosa, que la atraviesa, dividiéndola en dos partes desiguales. La mas considerable, situada en la orilla izquierda, es el verdadero Mastrich, dándose el nombre de Wich á lo que cae á la derecha.

Se hallaba á la sazón Mastrich con todas sus fortificaciones, unas reparadas, otras construidas de nuevo, pues habia contado el principe de Orange con todas las probabilidades de un asedio. Estaba abastecida abundantemente de víveres, municiones y toda clase de pertrechos militares. Ascendia su poblacion á treinta y cuatro mil almas, con mil quinientos hombres de guarnicion, franceses, ingleses y escoceses, con otros

seis mil mas soldados del pais que acababan de alistarse. Estaba designado por gobernador el francés Lanoue, que servia de cuartel-maestre general en el ejército de los aliados; mas á pesar de la diligencia con que éste se puso en camino inmediatamente que tuvo noticias del próximo asedio de la plaza, no pudo llegar á ella por hallar todos los caminos interceptados por los nuestros. Quedó, pues, de gobernador el alemán Schwartzemberg, teniendo por segundo al conde de Erle y Sebastian Tapino (1), ingeniero distinguido, que habia sido director de las nuevas fortificaciones.

Trataron los enemigos de incendiar todas las casas y aldeas de los alrededores, á fin de privar de todos recursos el campo de los nuestros; y hubiesen consumado la obra de la destruccion, si por orden de Alejandro no se hubiese adelantado Lope de Figueroa con el objeto de impedirlo. Apagado el fuego se presentó pronto Alejandro delante de los muros de la plaza.

Puso su cuartel general el principe en el pueblo de Patersen, á media legua de Mastrich, y queriendo inaugurar la empresa de un modo que le hiciese grato á sus soldados, les dió á saco el pueblo, donde á pesar de su poca aparente consideracion, fué el botin abundantísimo, tanto en víveres como en efectos de valor, y hasta dinero. Con esto se introdujo la alegría y buen humor en el ánimo de los soldados, para quienes era este pillaje como un preludio del que les aguardaba dentro de la plaza.

Comenzó el principe de Parma sus operaciones por un bloqueo para hacer mas fácil el asalto. Mandó al efecto construir dos puentes de barcas apoyados en baterías, uno por encima de la ciudad, otro por bajo de la misma, y encerrada así por agua, la privó tambien de comunicaciones por tierra por medio de torreones que hizo construir; cuatro sobre la orilla izquierda, y dos

(1) Algunos, y entre ellos Strada, le dan el nombre de Panoti.